

El inevitable fracaso de la Revolución

The inevitable failure of the Revolution

Roberto Laserna¹

Las revoluciones impulsadas por la lucha contra la desigualdad están condenadas al fracaso. El único éxito de largo plazo de las revoluciones, pocas veces explícito y con frecuencia no intencionado, consiste en abrir espacios para la movilidad social. Lamentablemente, el costo que imponen a las sociedades es mucho más alto que los procesos graduales de cambio social y económico que acompañan al desarrollo en democracia.

Palabras clave: Desigualdad, revolución, desarrollo, democracia, distribución, injusticia, pobreza, movilidad social

Revolutions that aim to fight inequality are doomed to failure. The only real success of revolutions in the long run, seldom explicit and often unintended, is that they expand opportunities for social mobility. Unfortunately, the social and economic costs of revolutions is much higher than gradual processes of social and economic change like those that lead to development in democracy.

Keywords: Inequality, revolution, development, democracy, distribution, injustice, poverty, social mobility.

EL SECRETO DE BERBERT KLEIN

Las revoluciones impulsadas por la lucha contra la desigualdad están condenadas al fracaso. No importa cuán radical sea la redistribución de riquezas que ellas logren ni cuánta violencia ejerzan para prevenir la acumulación, la desigualdad vuelve a nacer desde su propio núcleo. La igualdad lograda por las revoluciones tiene apenas una corta duración.

Esta afirmación está sustentada en un libro publicado en 1981 con el título *La revolución y el renacimiento de la desigualdad*. Por supuesto, es uno entre millones de libros y esto explica que pasara desapercibido frente a la avalancha de títulos que promueven la tesis contraria. Pero este libro tiene dos aspectos relevantes que hacen incomprensible su omisión, por lo menos entre los bolivianos.

El primer aspecto es que expone una teoría y la demuestra empíricamente, lo que le da validez universal y lo pone por encima de los millones de títulos alentados por la imaginación y la promesa ideológica. El segundo aspecto es que el caso utilizado para esa demostración es, precisamente, el boliviano. El subtítulo del libro es *Una teoría aplicada a la Revolución Nacional en Bolivia* (University of

California Press, Berkeley).

Por si fuera poco, no se trata de un libro marginal escrito por un estudiante al final de su maestría, sino de una publicación que tiene como autor a uno de los más conocidos y citados “bolivianistas”: Herbert S. Klein, que escribió una difundida *Historia general de Bolivia* (1982) y uno de los más minuciosos estudios de los *Orígenes de la Revolución Nacional* (1968). El otro autor es el australiano Jonathan Kelley.

Todavía me sorprende que este libro no se haya conocido y discutido más en Bolivia, considerando esa suerte de obsesión que tenemos con las reformas del 52 y la impronta “revolucionaria” que ella ha dejado en la política nacional.

Me tropecé con este libro casi secreto mientras husmeaba la biblioteca personal de Eduardo Gamarra, en la Florida. Lo revisé rápidamente y al final conseguí un ejemplar de una de las muchas “librerías de viejo” que ahora son accesibles por Internet.

RELEVANCIA DEL LIBRO

No es un libro fácil de leer; tal vez eso explique la escasa difusión que ha alcanzado. Lejos de los ensayos narrativo-filosóficos y de los manifiestos ideológicos que abundan en la literatura revolucionaria, el libro de Kelley y Klein tiene la aridez de una tesis académica y el orden riguroso que va de la teoría a la formulación de hipótesis, de ésta al análisis de datos, con detalladas explicaciones metodológicas, pruebas y contrapruebas, para volver a revisar la teoría y formular conclusiones. Pero la aridez de la forma es fácilmente soportada por la inédita abundancia de información y la contundencia de sus conclusiones.

Bolivia es un caso que prueba el fracaso al que están condenadas las revoluciones, cuando se las evalúa desde sus impactos en las condiciones de vida de las mayorías a las que pretenden redimir. Por supuesto, la prueba más contundente fue la caída del muro de Berlín, pues con él se derrumbó también el mito de la revolución socialista alimentado con millones de muertos en Rusia y los países que los soviets lograron dominar. Pero no han caído otros regímenes igualmente emblemáticos de esa convicción que, a pesar de los datos de una realidad que grita su fracaso, se mantienen en China (aunque con islotes abiertos al cambio), Cuba (pese a los balnearios que atraen el turismo), y reaparecen de tiempo en tiempo con nuevos ropajes, como el que lucen ahora los bolivarianos del socialismo del siglo 21.

Es posible que una de las razones de tal persistencia o tozudez ideológica sea la falta de comprensión de cómo se inicia el fracaso de las revoluciones desde su propio seno y poco después de ser puestas en marcha, que es justamente algo que desentraña el libro. Veinte años después ya los estalinistas y trozkistas se acusaban mutuamente de haberse desviado de la verdad, y cincuenta años después los castristas siguen culpando al bloqueo americano de las penurias que imponen a su gente, pero ninguno admite que se vieron obligados a recurrir al autoritarismo, la represión y el abuso para encubrir su fracaso. Y los de afuera, que no viven cotidianamente los fiascos revolucionarios, seguirán oponiendo, a los datos de la cruda realidad, el sueño atrayente de un futuro que, “esta vez sí se alcanzará: tenga fe”².

Kelley y Klein destacan la dificultad de comprender esos problemas por la ausencia de datos que permitan estudiar los impactos iniciales de las revoluciones en las condiciones de vida de la gente. En el mejor de los casos se puede contar con datos de antes y después de la revolución pero, debido a la ruptura institucional y la violencia que con frecuencia las acompaña, no se realizan censos, encuestas y estudios independientes de los primeros años. Así, casi nunca se cuenta con datos del “durante” que son los que permiten entender por qué el después requiere tanto maquillaje.

De ahí el valor universal del libro: tiene datos del durante, es decir, de lo que sucede en términos de empleo, ingresos y consumo con la generación que vive la revolución y con la que le sigue de inmediato. La base informativa proviene de una encuesta realizada a 1.130 jefes de hogar en seis comunidades de altiplano, valles y llanos (lamentablemente excluyendo ciudades grandes, valles cochabambinos y zonas mineras), las cuales fueron además detalladamente estudiadas por un equipo de antropólogos y sociólogos que vivieron en ellas entre 1965 y 1966. Estos estudios fueron comisionados por el Cuerpo de Paz a una entidad académica, el Instituto de Investigaciones para el Estudio del Hombre (RISM), pero nunca llegaron a ser publicados y los datos permanecieron inéditos hasta el trabajo de Kelley y Klein.

La cobertura de la encuesta y de los estudios de caso no es nacional, pero tampoco está sesgada hacia los lugares que fueron privilegiados por la revolución que, como sabemos, tuvo su epicentro en el valle alto de Cochabamba, donde nace la reforma agraria, y en las minas de Oruro y Potosí, que fueron nacionalizadas. Podría decirse que la revolución tuvo un impacto medio en las seis comunidades, no estuvo ausente de ellas porque no son tan alejadas, ni las tuvo como escenario principal. Lejos de quitarle valor al análisis, esto se lo añade pues evita que sus conclusiones estén muy determinadas por la proximidad a los hechos y a los cambios de poder que generaron.

En la población de la muestra hay personas de diversas edades y adscripciones culturales, de manera que el análisis puede diferenciar los efectos del proceso en tres generaciones (la de la revolución, la previa y la posterior) y en los estratos socioeconómicos y culturales de aquel tiempo, detectando los cambios que la revolución nacional produjo en ellos.

Con los datos se miden las enormes desigualdades económicas y sociales que caracterizaron a la sociedad boliviana antes de la revolución y se muestra que la redistribución de tierras, la reorientación del gasto fiscal y la expropiación de ahorros por la inflación tuvieron un importante impacto igualitario. Pero también se descubre la corta duración de ese impacto, y se detecta el rápido renacimiento de la desigualdad, que incluso alcanza niveles más acentuados.

LA TEORÍA DEL FRACASO

La explicación de este proceso, expuesta en una teoría que en este caso es confirmada por los datos, radica en el hecho de que las revoluciones pueden redistribuir las riquezas materiales, como la tierra, quitándola a los que tienen más y dándola a los que no tienen, pero no puede redistribuir otras riquezas no materiales, como la educación, el conocimiento, la información o las relaciones. Y éstas, que también están desigualmente distribuidas, tarde o temprano tienen consecuencias que son también materiales. Y es que las sociedades no son estáticas y la desigualdad, al igual que otras de sus características, se producen y reproducen continuamente. Son al mismo tiempo causa y

resultado. Las riquezas (y las pobreza) materiales y no materiales se influyen y refuerzan mutuamente, y tienden a la desigualdad.

Por ejemplo, los que tenían más tierras y mejores ingresos antes de la revolución pudieron dar a sus hijos una mejor educación, y, cuando quedaron sin tierras, ésta les permitió encontrar un nuevo espacio laboral en el que lograron ingresos mayores.

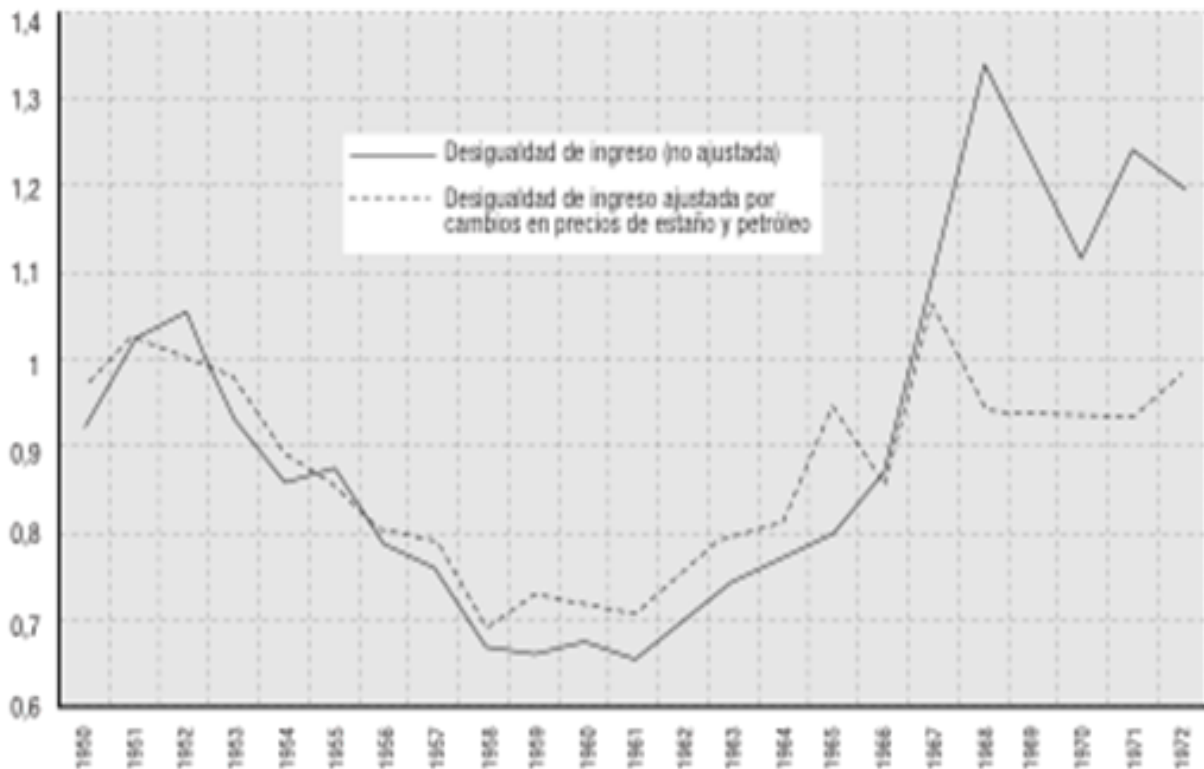
La revolución libera fuerzas que regeneran la desigualdad, dicen Kelley y Klein. Incluso dentro de una comunidad rural igualitariamente pobre en Bolivia, los que estaban mejor informados usaron su ventaja para ocupar rápidamente el lugar dejado por capataces y patronos, y asumieron la dirigencia sindical o política, se convirtieron en intermediarios con el poder, o en transportistas o comerciantes, y emplearon su capital humano para acumular pronto un importante capital material. En el desorden que suele caracterizar a los periodos revolucionarios, las ventajas aparentemente pequeñas de conocimiento, formación e información se vuelven cruciales y son aprovechadas por quienes las tienen, dando lugar a una nueva desigualdad.

El fracaso de la revolución no se debe, en consecuencia, a la traición de sus líderes, a la desviación ideológica de sus conductores o a la ineficiencia de sus administradores. Lo más que éstos pueden hacer es demorar el resurgimiento de la desigualdad o esconderla, pero al costo de una inmensa represión, a veces sólo política, pero muchas veces también cultural y económica³.

Kelley y Klein explican, ilustran y demuestran este proceso de una manera convincente. De hecho, para rebatirles habría que contar con una base similar de datos de otros procesos históricos, que no la hay. Lo que observan es que había desigualdad antes y hay desigualdad después, en niveles incluso más profundos.

El Gráfico 1 muestra la evolución de la desigualdad de ingresos entre 1950 y 1972, donde se observa claramente el estrechamiento de las brechas en la primera década y la acelerada recuperación de la desigualdad hasta alcanzar niveles superiores a los existentes incluso antes de la revolución. Y esa tendencia no nace en 1964, cuando es derrocado el presidente Paz Estenssoro, ni en 1956 cuando se aplica el plan de estabilización, de manera que no se la puede atribuir a los cambios en la política económica o a la conducta política de los líderes que conducían el gobierno.

Gráfico 1
Bolivia 1950-1972: Estimaciones de la desigualdad de ingresos



Fuente: Kelly y Klein, 1981. Apéndice 5. Desigualdad medida por la desviación estándar y expresada como proporción del valor de 1950 - 1952.

El estudio utiliza los datos de la encuesta para evaluar de qué manera el status del padre y las propiedades y características de la familia se transmiten hacia los hijos, tomando en cuenta para ello el nivel de la primera ocupación que éstos obtienen. Los autores exploran varios modelos de correlación, controlando por la edad, la raza cultural o el idioma que hablan los entrevistados, los datos sobre propiedad física y sobre educación, y en todos los casos encuentran que la forma de las curvas es básicamente la misma: un descenso en la desigualdad al principio y luego un aumento significativo, como el que se ilustra en el Gráfico 2 y que hace referencia a un concepto que es muy importante en la teoría de Kelley y Klein: el de privilegios transmitidos de padres a hijos o heredados por los hijos.

La idea de “privilegios” no es, en su caso, referida a privilegios de adscripción, como los de casta, sino a privilegios adquiridos, como los de empleo, educación, lenguaje, posición social, etc. La idea es que los padres con más educación la valoran más y transmiten esa valoración a sus hijos, impulsándolos a ser más disciplinados en el estudio, a apreciar el conocimiento y valorar la información, de manera que la correlación entre la educación de los padres y los hijos es elevada. Del mismo modo, el acceso a puestos ocupacionales de los padres crea una red de relaciones e influencias que pueden reflejarse en la ocupación de los hijos. Y la posesión de ventajas no materiales permite disponer de mejores ingresos y adquirir riquezas que, a su vez, facilitan la acumulación de ventajas tanto materiales como no materiales.

El Gráfico 2 sintetiza, en cierto modo, todos los factores mencionados pero en el libro se los analiza por separado, sin que se encuentren diferencias significativas en la forma de las curvas que, en los hechos, son las que se predijeron al exponer la teoría elaborada antes de trabajar con la base de

datos.

EL ÉXITO INESPERADO

Pero el estudio tiene una notable omisión, que es la de no reconocer que se trata de una “nueva” desigualdad. Es nueva no sólo en magnitud, como apropiadamente destacan Kelley y Klein, sino que es también nueva en cuanto a las causas que la originan y a los estratos sociales que la viven. En la nueva estructura los recursos que permiten la acumulación son distintos a los de antes, y los individuos o grupos que los controlan y utilizan son también nuevos.

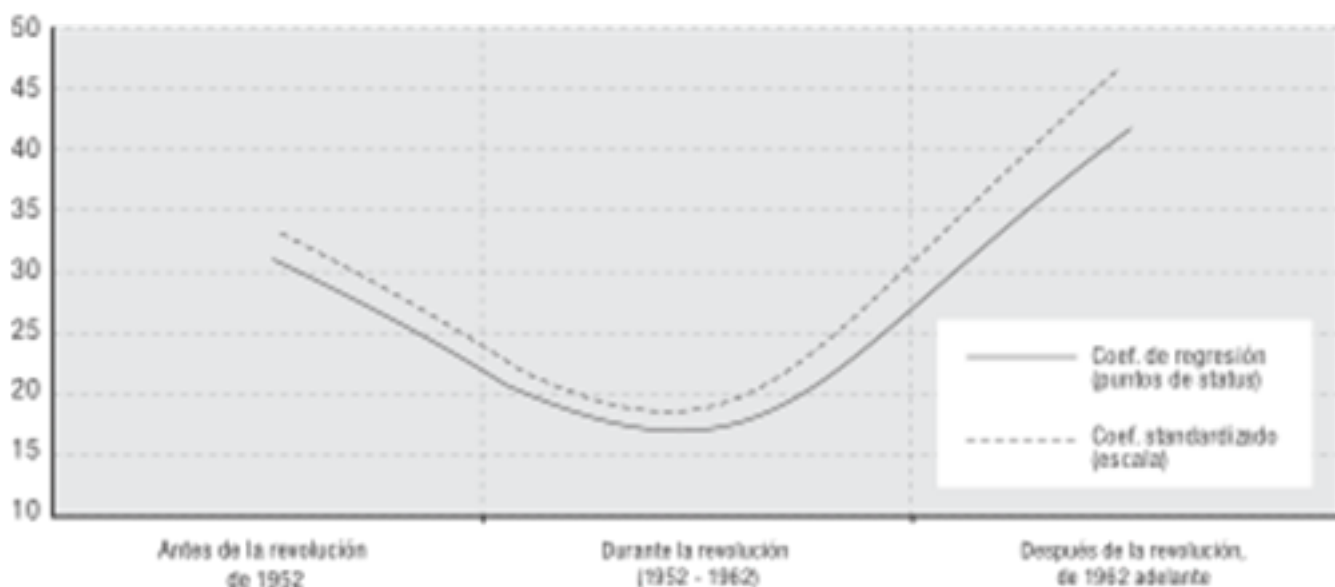
En el caso boliviano, por ejemplo, la propiedad de la tierra era una fuente clave de desigualdades antes de la revolución, y su radical y amplia distribución tuvo un notable impacto igualitario. Pero luego se desarrollaron el comercio y el transporte como actividades fundamentales, y con ellas la propiedad de la tierra perdió relevancia. La urbanización generó nuevas oportunidades de aprendizaje y contactos, diversificó los mecanismos de acceso a los mercados y facilitó la ampliación del sistema educativo, que fue un objetivo sistemáticamente demandado y apoyado por los sectores populares y que recibió apoyo durante y después de la revolución.

En un estudio sobre movilidad social que coordinó Henry Oporto (2001) en CERES, basado en estudios de caso en El Alto, Cochabamba y el Valle Alto, Santa Cruz y Trinidad, se confirmó entre sus principales conclusiones que “los canales de movilidad social se han diversificado. Si en los años 50, la política y el sindicalismo constituyeron los medios primordiales para buscar la promoción social, hoy en día los canales pueden ser más diversos y probablemente estén más por el lado de la economía y la educación que por el lado de la política”.

Gráfico 2

Revolución y privilegios transmitidos

Ventajas atribuidas a la familia y que se reflejan en la ocupación y el status del hijo



Fuente: Kelley y Klein 1981. Elaboración propia.

Un estudio anterior que se realizó también en CERES en 1983, sobre procesos de movilidad social

entre los obreros fabriles de Cochabamba, y una encuesta de la misma institución a una muestra de la población rural de seis provincias de los valles cercanos a la ciudad de Cochabamba, en julio de 1997, dentro del Programa “Gestión Local del Desarrollo Humano Sostenible”, ya habían encontrado que se intensificaba la movilidad social. En el área rural circundante de Cochabamba se encontró que “solamente el 16 por ciento de los jefes de hogar no había cambiado de situación ocupacional entre el momento de su ingreso al mercado laboral y la encuesta. Todos los demás habían cambiado”. Esos resultados sugerían una tendencia muy fuerte a la disminución del número de campesinos y a la expansión de los pequeños productores de servicios, artesanos, comerciantes y transportistas, advirtiendo la existencia de una movilidad intergeneracional muy alta. “Solo el 17 por ciento de dependientes entrevistados había tenido como primera ocupación la misma que su padre. Todos los demás ingresaron al mercado de trabajo en nuevas condiciones” (PNUD, 1998: 59).

Así, si bien es cierto que las revoluciones se hacen para luchar contra la desigualdad socio económica y fracasan en ese intento, no es menos cierto que, por detrás de ese discurso, lo que en verdad se quiere es romper los obstáculos a la movilidad social. Y esto sí se logra.

En realidad, si bien todas las revoluciones fracasan en su promesa de igualdad, es evidente que tienen cierto éxito en su motivación más profunda y no siempre explícita: todas reemplazan a unos ricos por otros, sacan a algunos grupos del poder y encumbran a otros, eliminan a unas oligarquías pero generan otras.

IGUALDAD NO ES EQUIDAD

Y es que lo importante no es la desigualdad, sino la inequidad, es decir, la dimensión de injusticia que puede haber en la desigualdad. Una desigualdad es injusta solamente cuando es impuesta y resulta insuperable, porque entonces es parte de relaciones de dominación y quizás hasta de explotación que no puede eludir quien se encuentra en posición subordinada.

Las revoluciones y los revolucionarios suelen ignorar esa diferencia y buscan resolver las injusticias borrando las desigualdades, lo que ha resultado trágico para millones de personas.

La alternativa que enseña la historia es que, siendo la desigualdad inevitable, el antídoto para superar su dimensión injusta no es la igualación, forzada o no, sino la movilidad social. Es decir, lo que hay que oponer a la desigualdad social no es la igualdad económica, sino la movilidad social, porque de ese modo se mejoran las condiciones de equidad, o justicia social⁴.

No es posible justificar el pequeño “éxito” de las revoluciones, dentro de su gran fracaso, por los elevados costos que ellas imponen a las sociedades. Costos políticos, de represión, autoritarismo y violencia, y costos económicos, de rezago en el crecimiento. En esto, Bolivia es también un caso modelo. En términos reales, el PIB per cápita del año 2000 era básicamente el mismo que el de principios de los años 50, como lo muestra el Gráfico 3, que expresa el PIB en poder de paridad adquisitiva constante. Los años de la revolución fueron también de recesión y la inestabilidad ha sido una característica del crecimiento de la economía boliviana desde entonces, mostrando lo poco que avanzamos.

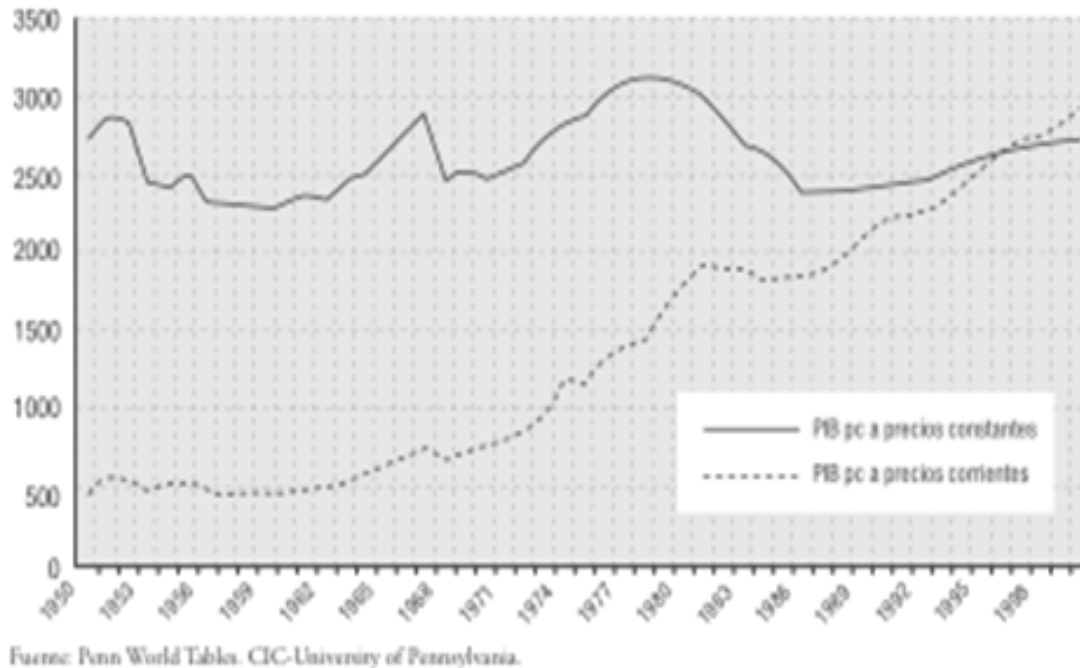
Muchos países han reducido las injusticias de la desigualdad dinamizando la movilidad social de maneras mucho más eficaces y rápidas, y a costos incomparablemente inferiores. Los procedimientos más efectivos han sido la expansión y el mejoramiento continuo de la educación, y la ampliación permanente de los mercados. En todo el mundo, hoy, el desempeño económico de las personas es el principal mecanismo de movilidad social y ese desempeño no se limita a la producción agrícola o industrial. Ni Bill Gates (Estados Unidos), ni Joanna K. Rowling (Inglaterra), ni Wong Kwong Yu (China) son hijos de oligarcas y, sin embargo, hoy forman parte de la élite mundial. Ellos no solamente hicieron fortunas innovando, sino que lo hicieron dando satisfacción a las demandas de los consumidores, pero su voluntad o genialidad de nada hubieran servido en sociedades de estratificación cerrada, que impusieran la igualdad y asumieran el estancamiento como un sacrificio necesario.

Un equipo de investigadores de la Universidad Católica Boliviana San Pablo, dirigido por Alejandro Mercado (2007), exploró la relación entre crecimiento y movilidad social, encontrando una alta correlación entre ambos al observar las relaciones de variables en diversos países y al tomar en cuenta algunos datos disponibles para Bolivia.

De hecho, si se observan con detenimiento los datos de Bolivia desde 1952 hasta el presente, y se comparan los periodos de la revolución nacional, a los que se refiere el trabajo de Kelley y Klein, con los de la democracia, que expondremos a continuación, se confirmarán estas tendencias.

El libro de Kelley y Klein muestra el fracaso del igualitarismo de la revolución nacional. La movilidad social que desató ese proceso, tal vez su mayor logro, no pudo ampliarse debido al estancamiento de la economía, causado en gran medida por las convulsiones sociales y el debilitamiento de las instituciones⁵. En contraste, los datos posteriores a 1985, cuando se estabilizó la democracia, muestran claros descensos en la pobreza y una movilidad social más dinámica, a pesar de que la economía creció muy lentamente, primero por el lastre dejado por muchos años de dictaduras y una desordenada transición, y luego por las crisis internacionales. Durante esos años no desapareció la desigualdad pero sí se empezó a reducir la injusticia (Laserna, 2004).

Gráfico 3
Bolivia PIB por habitante
(A precios de paridad corrientes y a precios constantes de 1996, Laspeyres)



Lamentablemente la información censal en Bolivia es muy irregular. La información muestral, de las encuestas de hogares, es más reciente y cuenta con detalles que permiten utilizar más variables en los análisis estadísticos, pero no siempre mantienen la misma metodología en el diseño de preguntas y eso dificulta su utilización. Estos aspectos impiden utilizar los mismos años de referencia en todas las comparaciones, pero eso no invalida el análisis puesto que aún así podemos observar las tendencias.

Las entidades oficiales encargadas de procesar los datos censales han utilizado los tres últimos censos para estimar los niveles de pobreza según el método de las necesidades básicas insatisfechas, considerado más confiable que el método basado en ingresos para comparaciones de largo plazo, debido a la influencia de los procesos inflacionarios.

El Gráfico 4 ilustra los datos y muestra no solamente una tendencia decreciente en la pobreza a lo largo de todo el periodo, sino que esa tendencia se acentúa entre los dos últimos censos, que más o menos coinciden con el periodo de apertura económica y estabilidad democrática. Es muy significativo el descenso de la pobreza sobre todo en el área urbana, porque en ese mismo periodo se han producido intensos movimientos migratorios entre regiones y desde las áreas rurales hacia las urbanas, que han ejercido una fuerte presión sobre los servicios públicos y los mercados laborales.

En un trabajo reciente dedicado a estudiar la relación entre movilidad social y pobreza, Mercado y Leitón-Quiroga (2009) encontraron que los Índices de Movilidad Social en Bolivia habían crecido en el periodo 1993 a 2004. La movilidad social fue incluso mayor para la población de origen indígena, lo que significa que en esos años se produjo un proceso de integración social con mayores efectos sobre los grupos que sufrían mayor discriminación.

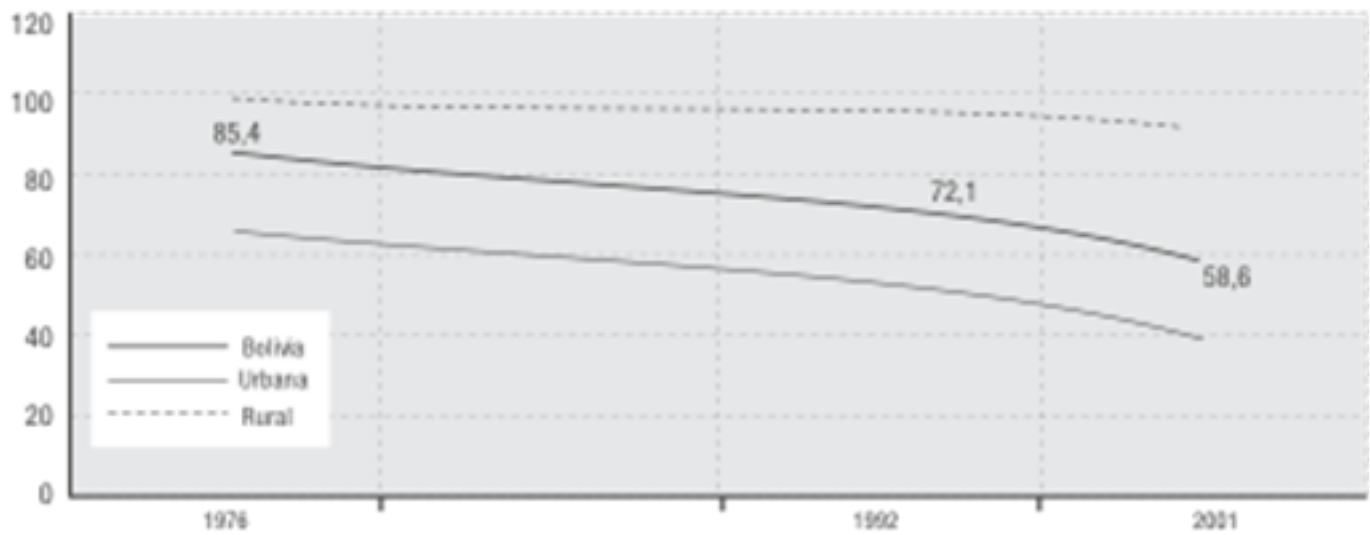
En ese mismo trabajo se mide la desigualdad en ambos años utilizando el cociente entre el ingreso promedio del decil más alto con respecto al más bajo, y el conocido coeficiente de Gini. Los resultados se resumen en el gráfico siguiente, mostrando que en esos diez años no solamente aumentó la movilidad social, sino que también se redujo la desigualdad, lo que contrasta claramente con los resultados de la revolución.

Es necesario aprender las lecciones que todo esto nos deja sobre todo ahora que Bolivia parece recorrer una nueva obsesión igualitarista. Si la teoría que sistematiza la experiencia anterior es cierta, como lo muestran los datos, los resultados de esta nueva experiencia son previsibles: si tiene algún éxito de igualdad, será de corto plazo y se disolverá en el tiempo, alejando el horizonte del bienestar para la mayoría de la población.

Es por ello fundamental establecer metas más allá de la desigualdad y concentrar la atención de las políticas públicas en lo que verdaderamente importa, que es la equidad. Por supuesto, ésta no ignora las desigualdades pero permite considerarlas de una manera relativa y dinámica.

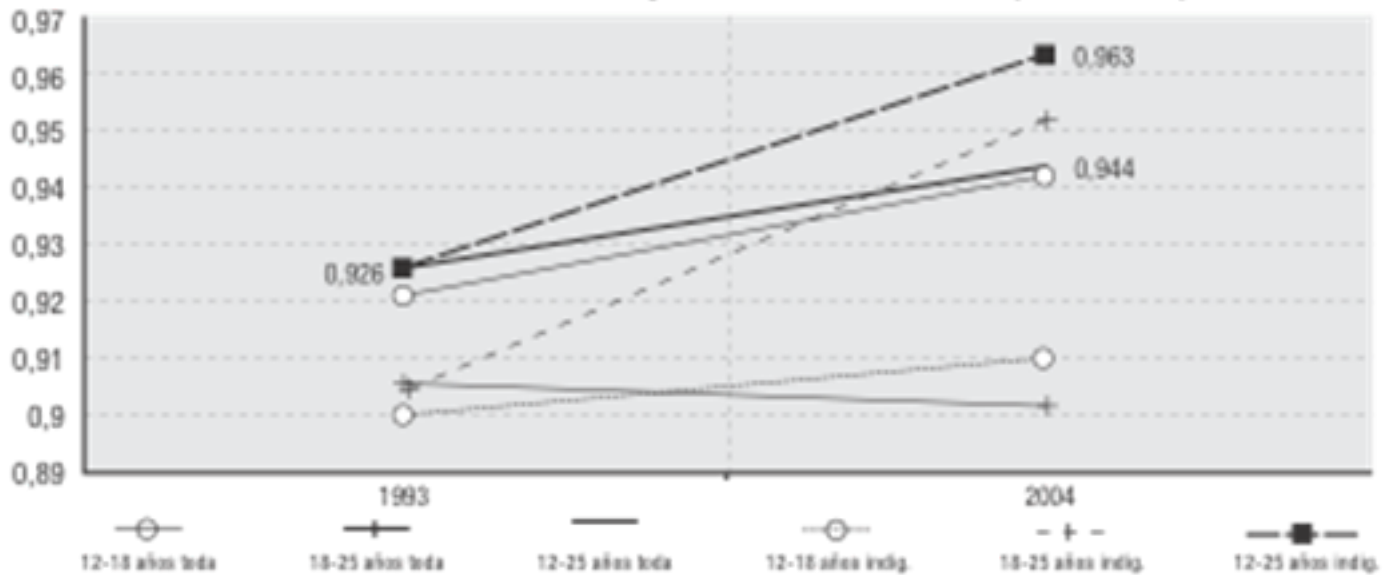
La historia boliviana y la de otros países muestran que podemos alcanzar niveles superiores de equidad, en forma gradual pero segura, si abrimos nuestra economía, si fortalecemos las instituciones, si defendemos los derechos y las libertades individuales, si impulsamos el crecimiento de la economía.

Gráfico 4
La pobreza por necesidades básicas insatisfechas (NBI)



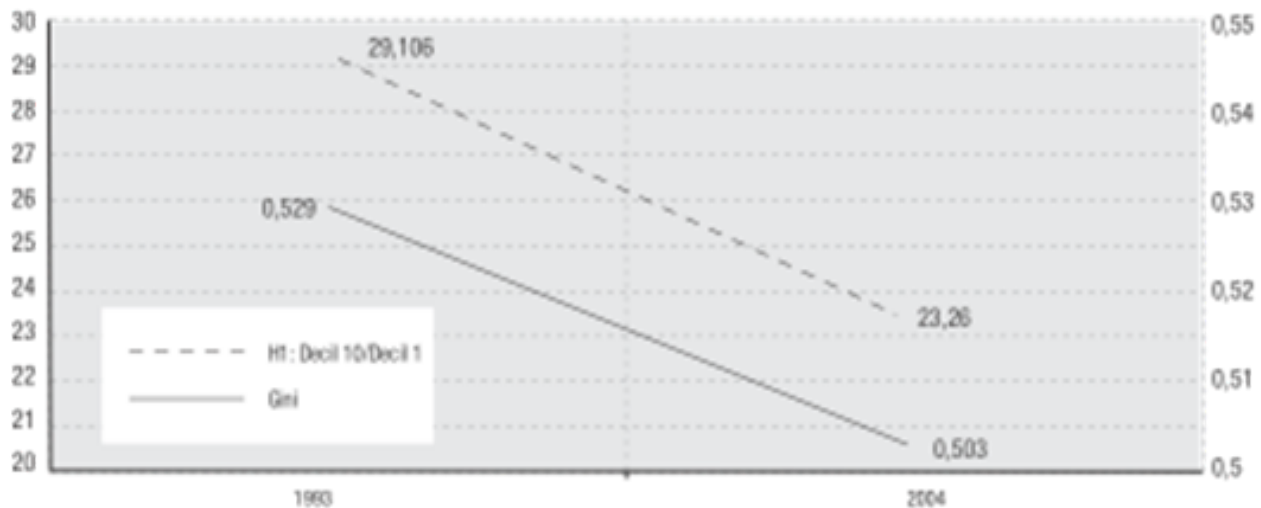
Fuente: INE y UDAPE en base a censos nacionales de esos años.

Gráfico 5
Cambios en la movilidad social según los índices estimados para 1993 y 2004



Fuente: Alejandro Mercado y Jorge Leinon-Quiroga, 2009

Gráfico 6
Tendencias de la desigualdad



Fuente: Alejandro Mercado y Jorge Leiton-Quinoga, 2009.

En definitiva, lo que todo esto nos enseña es que no basta el voluntarismo político para lograr justicia social, y que ella se la alcanza con el desarrollo, que al decir de Amartya Sen, se define por su impulso al progreso y la ampliación de las libertades.

*... por cumplir con mi profesión de caballero andante
quise dar ayuda y favor a los que huían,
y con este buen propósito hice lo que habéis visto:
si me ha salido al revés, no es culpa mía,
sino de los malos que me persiguen...*

Don Quijote, II, XXVI

BIBLIOGRAFÍA

Kelley, Jonathan y Klein, Herbert S.

1981 *Revolution and the Rebirth of Inequality. A Theory Applied to the Nacional Revolution in Bolivia*. Berkeley, California: University of California Press.

Klein, Herbert S.

1982 *Historia General de Bolivia*. La Paz: Ed. Juventud. 1982 (varias ediciones).

Klein, Herbert S.

1968 *Orígenes de la Revolución Nacional*. La Paz: Ed. Juventud.

Laserna Roberto

2004 *La democracia en el ch'énko*. La Paz: Fundación Milenio.

Mercado, Alejandro y Leiton Quiroga, Jorge

2009 "The Dynamics of Poverty in Bolivia". En: *Revista Latinoamericana de Desarrollo Económico*. La Paz: Instituto de Investigaciones Socio-Económicas (IISEC), Universidad Católica Boliviana, abril.

Mercado Alejandro y otros

2007 "La clave para el desarrollo: la movilidad social". Documentos PIEB, agosto 2007; versión electrónica en <http://www.pieb.com.bo>, acceso el 17 de noviembre de 2009.

Oporto, Henry con el apoyo de Javier Fernández (Centro Gregoria Apaza, El Alto), Mercedes Noza (Ciddebeni, Trinidad) e Isabella Prado (Cedure, Santa Cruz).

2001 "Movilidad social en Bolivia". Manuscrito no publicado, CERES 2001.

PNUD

1998 *Informe de Desarrollo Humano*. La Paz: PNUD



Gilka Waza Libermann. *Los Titiheka*. Óleo.

NOTAS

1 Roberto Laserna se formó como economista en la Universidad Mayor de San Simón (Cochabamba) y obtuvo el grado de Doctor of Philosophy en la Universidad de California, en Berkeley. Es investigador principal del Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social (CERES) y Presidente de Fundación Milenio. Puede ser contactado a través del blog <http://laserna.wordpress.com> o al correo laserna@email.com

2 Ni siquiera valdría la pena mencionar en el texto las justificaciones piadosas que aluden a aspectos

puramente subjetivos (como la dignidad nacional, la emancipación ideológica, la moral revolucionaria), pues ellos suelen ser utilizados por los líderes y las campañas de propaganda, o por los exegetas externos a las revoluciones, que no las viven ni sufren en su vida cotidiana.

3 La Revolución Cultural China y el movimiento liderizado por Pol Pot en Cambodia percibieron que del conocimiento y la educación surgía una nueva desigualdad e intentaron frenarla, profundizando el sufrimiento de sus pueblos y sin haber podido evitar, al final, el fracaso de ese costosísimo experimento. Nunca se sabrá cuántos millones de personas murieron directa e indirectamente en ese esfuerzo igualitarista.

4 Aunque el estilo se vea afectado, en este párrafo y a lo largo del texto me he visto obligado a incluir los adjetivos social y económico repetidas veces para recordar que es de estas dimensiones de las que estamos tratando, ya que ellas son también las primordiales en la justificación de las revoluciones.

5 Esta manera de evaluar la revolución nacional no implica desconocer que ella fue resultado de un proceso histórico largo y complejo y que permitió que los sectores excluidos y vulnerables alcanzaran conquistas muy importantes. Pero esos son temas distintos. No más ni menos importantes, sino materia de otra reflexión a la que no podemos entrar en este limitado espacio.